

## **SEDAS, RASOS Y DAMASCOS EN LA CASA DEL CONDE DE BENAVENTE (C. 1533)**

### ***SILKS, SATINS AND DAMASK FABRICS IN THE HOUSE OF THE COUNT OF BENAVENTE (C. 1533)***

JOSÉ PABLO BLANCO CARRASCO

Departamento de Historia, Universidad de Extremadura

blanco@unex.es

Recibido: 26/09/2016

Aceptado: 20/12/2016

**RESUMEN:** Las pautas de consumo de las familias castellanas cambiaron a medida que se consolidaron dos procesos descritos por la historiografía reciente. Por una parte, el aumento del capital disponible. Por otra, la llegada al reino de productos de lujo procedentes de los principales centros manufactureros de la época. El efecto que esta transformación tuvo en la sociedad es múltiple. Con esta comunicación intentaremos mostrar la magnitud de esta intensificación en las economías nobiliarias, tomando como ejemplo la casa condal de Benavente a principios del siglo XVI.

**PALABRAS CLAVE:** Consumo, conde de Benavente, gastos de representación.

**ABSTRACT:** The consumption patterns of Castilian families changed in the 16th century as two processes described by recent historiography were consolidated. On the one hand, the increase in available capital. On the other, the arrival to the kingdom of luxury products from the main manufacturing centers of the time. The effect of this transformation on society is manifold. With this paper, we will try to show the magnitude of this intensification in the nobiliary economies, taking as an example the house of Benavente in the early 16th century.

**KEYWORDS:** Consumption, Count of Benavente, representation expenses.

## **INTRODUCCIÓN**

El consumo de las familias durante el siglo XVI conoció dos fenómenos paralelos. Por una parte, el aumento de productos provenientes de la importación disponibles en el mercado. Por otro lado, un incremento del poder adquisitivo de determinados sectores de la población que animó consecuentemente este proceso. Ambos elementos forman parte de la trayectoria económica de la primera Edad Moderna en Castilla, cuyos trazos resultan cada vez mejor conocidos.

A pesar de las novedades, conviene subrayar algunas características que no se modificaron sustancialmente. Es sabido que una parte considerable de los ingresos familiares se destinaban a la supervivencia –alimentación, siembra, vestido...–<sup>1</sup>. Esa es posiblemente la tónica general de las pautas de consumo de la mayoría de los habitantes del reino, es decir un gasto que gira alrededor de las necesidades diarias de la supervivencia familiar<sup>2</sup>, periódicamente comprometida por las variaciones climáticas y las crisis de subsistencia, sobre todo en el mundo rural antes que en las florecientes villas y ciudades castellanas<sup>3</sup>. Sin embargo, en las contabilidades familiares de los umbrales de la modernidad aparecen con mayor frecuencia que en épocas anteriores productos que podríamos considerar relacionados con el consumo suntuario<sup>4</sup>. Si hacemos caso de la literatura de la época y de las escrituras notariales conservadas, uno de los escenarios en donde ese cambio se hizo más patente es la vestimenta<sup>5</sup>, tal como advierten en múltiples ocasiones historiadores de la cultura que ven como la ropa es usada para identificar con un sencillo golpe de vista la posición social que ocupa el que las porta<sup>6</sup>.

Además del consumo de telas y adornos de lujo en la Corte<sup>7</sup>, la trascendencia de la generalización del uso de confecciones consideradas de lujo en un sector más amplio

---

<sup>1</sup> M. GARCÍA FERNÁNDEZ (2011). “Lujos y penurias populares: enseres cotidianos y cultura material en el Quinientos”. *Biblioteca: estudio e investigación*, 26, pp. 25-47.

<sup>2</sup> A. MARCOS MARTÍN (2000). *España en los siglos XVI, XVII y XVIII. Economía y sociedad*. Barcelona: Crítica, p. 41.

<sup>3</sup> F. COMÍN, M. HERNÁNDEZ y E. LLOPIS (Eds.) (2003). *Historia económica de España. Siglos X-XX*. Barcelona: Crítica, p. 49-53.

<sup>4</sup> M.A. LADERO QUESADA (Coord.) (2004). *El mundo social de Isabel la Católica. La sociedad Castellana a finales del siglo XV*. Madrid: Dikynson. En torno al problema que describimos, vid. en especial los trabajos de Álvaro Fernández de Córdova Miralles sobre la Corte y el entorno cortesano y María Concepción Quintanilla Raso sobre los grandes nobles. (A. FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES: “Sociedad cortesana y entorno regio” en Ladero Quesada, M.A. (coord.) *op. cit.* pp. 49- 78 y C. QUINTANILLA RASO: “Los grandes nobles” en *Ibid* pp. 127-142).

<sup>5</sup> N. DE DIEGO Y GONZÁLEZ y A. LEÓN SALMERÓN (1915). *Compendio de indumentaria española*, Madrid, 1915, p. 107 y ss. (Ed. facsímil, 2011, Valladolid: MAXTOR).

<sup>6</sup> M. GARCÍA FERNÁNDEZ (2012): “Consumo e identidad cultural urbana europea en el largo periodo de transición hacia la contemporaneidad”. *Revista de historiografía*, 16, pp. 129-140.

<sup>7</sup> En un texto clásico ya exponía que la Corte no era sólo un lugar donde se tomaban decisiones políticas. Se comportaba, en cierto modo, como un escenario difusor de tendencias en el vestir, el protocolo social y el ocio. (M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ (2001). “El siglo XVI. Economía. Sociedad. Instituciones” En *Historia de España Menéndez Pidal*. Madrid: Espasa Calpe, T. XIX, p. 318).

de la sociedad de la época es un hecho descrito por las fuentes ya en los inicios del siglo XVI. El cambio de gustos de las mujeres y los hombres de las élites locales, eminentemente urbanas, en cuanto a las vestimentas y los aderezos que las adornan, y el impulso de las nuevas modas vivido por sus familias, produjo un efecto en los hábitos de consumo que ha sido objeto de estudio central de los historiadores de la cultura y la historia social, poniendo el objetivo en el papel difuminador que esta transformación tenía en las rígidas fronteras estamentales todavía vigentes a finales de la Edad Media<sup>8</sup>. El surgimiento de cierto individualismo diferenciador no puede alejarse de este proceso<sup>9</sup>.

Los principales consumidores de lujo en la España del siglo XVI son los nobles cortesanos. A diferencia de los cortesanos que rodeaban a Enrique IV y los Reyes Católicos, un noble en el siglo XVI necesita disponer a su alrededor de un número creciente de elementos destinados a su distinción, no solo para identificarse como tal ante el resto de la sociedad, sino para distinguirse dentro de su propio estado, es decir, en relación con su mismo grupo social esencialmente. Dos de los ámbitos de la representación en los que este cambio se da con más claridad e intensidad van a ser, primero, el de la apariencia que irán adoptando las clases más altas de la escala social, y después, aunque conectado en cierta forma con el anterior, el de la proliferación de sirvientes y criados a su alrededor. Norbert Elias lo subrayaba en un texto esencial: “la elaboración diferenciada de lo externo, como instrumento de la diferenciación social (...) es característica esencial de la vida cortesana”<sup>10</sup>.

Algunos textos recientes dejan claro el proceso –sin abundar en él– del incremento del gasto en economía simbólica de la nobleza. Gastos que son inversión, tal como vienen explicados por las fuentes, pues su sentido se justifica tanto desde dentro como desde fuera del estamento. Durante el siglo XVI y en el XVII se da un proceso de enclasmiento –por utilizar el término empleado por Bourdieu<sup>11</sup>–, que acerca a miembros destacados del común, formalmente al menos, a los representantes de la pequeña y media nobleza local y provincial. En estos grupos, el proceso de identificación con la forma noble de vida, en especial en las indumentarias y las formas de vestir, genera alrededor de esta dinámica un debate que nos conduce a la

---

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> R. VON DÜLMEN: *El nacimiento del individualismo*. Madrid: Siglo XXI, 2016.

<sup>10</sup> N. ELÍAS (1982). *La sociedad cortesana*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 187.

<sup>11</sup> P. BOURDIEU (2002). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. México: Fondo de Cultura Económica.

importancia de las apariencias y la representación por encima de las teorías jurídicas en torno a la identidad de la nobleza<sup>12</sup>. En cualquier caso, el proceso determina que el rango debe ser alimentado contantemente de representaciones, de etiquetas, y de forma urgente en una época de rápido ascenso social de grupos ajenos al estamento.

¿Dicho proceso afecta por igual a las grandes y a las pequeñas familias nobles? Sí, ciertamente, pero en muy diferente medida. Los más perjudicados son los representantes de la nobleza local, los hidalgos, los pequeños caballeros, un referente universal para una parte de la población que es mayoritariamente rural y campesina. Ambos grupos, en especial los primeros, se empiezan a ver sobrepasados en rentas y prestigio social por comerciantes y rentistas de todo tipo, labradores notorios, ganaderos dueños de las bases productivas locales. El fenómeno es esencialmente urbano, pero las posiciones de prestigio de los “hombres de tratos” tienen en muchos casos, origen rural.

A pesar del empuje de estos grupos sociales en ascenso, en la mentalidad imperante en la época (segunda mitad del siglo XV, primera mitad del XVI), la notoriedad de la hidalguía es reconocida inequívocamente en el ámbito geográfico inmediato como un elemento de prestigio social, independientemente de sus rentas. López de Gómara al retratar a la familia de Hernán Cortés, dice de ellos que “tenían poca hacienda, empero mucha honra, lo cual raras veces acontece si no es en personas de buena vida, y no solamente los honraban sus vecinos por la bondad y cristiandad que conocían en ellos, sino que hasta ellos mismos se preciaban de ser honrados en todas sus palabras y obras, por lo que vinieron a ser muy bienquistos y amados de todos”<sup>13</sup>. Fama pública y buena opinión, al margen de la riqueza, dos elementos indispensables y constantes para encajarles socialmente, porque en la España de finales del siglo XV, la familia de los hidalgos representa a un grupo social bien definido, la pequeña nobleza rural, con rasgos originales derivados del momento político que se vivía en esos años, pero por ese motivo también, una época en la que era posible medrar al servicio de un noble de mayor rango o, mejor aún, ganar prestigio, honra y fortuna al servicio del rey. Esta idea caló en una parte de la población que aspiraba a la nobleza –o a formas alternativas de prestigio– y se veía desplazada del centro social, como los grandes labradores, los ganaderos rentistas o los mercaderes urbanos, pero también en aquella porción de los nobles que no podían acompañar su forma de vida con una inversión constante y

---

<sup>12</sup> J.A. GUILLÉN BERRENDERO (2012). *La Edad de la Nobleza. Identidad nobiliaria en Castilla y Portugal (1556-1621)*. Madrid: Polifemo, pp. 30-149.

<sup>13</sup> F. LÓPEZ DE GÓMARA: *La conquista de México*. (Ed. 2008 Linkgua Digital).

creciente en gasto social. En efecto, son años de cambio en la mentalidad de la propia nobleza. De hecho, cuando López de Gómara quiere describir en pocas palabras la posición social que disfrutaba Cortés –en este caso- menciona primero la hacienda, la fortuna familiar, sus rentas, para después compensar su poca cuantía con una honra colmada, reconocible entre los miembros de su comunidad y signo visible de la identidad de la familia hidalga. Y lo hace interesadamente, porque, a pesar de todo, tal como indica M.-C. Gerbet, a finales del siglo XV en el reino de Castilla, “la gloria no bastaba si no engendraba fortuna, y el prestigio de un linaje estaba en función de su riqueza”<sup>14</sup>, una idea que refuerza las palabras que en este sentido escribiera en el *Espejo de la verdadera nobleza* Diego de Valera, entre otros, para quien era evidente la pérdida de importancia del concepto de virtud –patrimonio de la nobleza– a la hora de definir al noble en la época.

El cuestionamiento de la nobleza aparente se comenzó a dar en torno al proceso de enriquecimiento de los grupos sociales más pujantes en la España del Quinientos. En efecto, la pérdida de posiciones sociales del estamento nobiliario venía alentando un debate sobre sus funciones que encontraba en el cuestionamiento que manejaban las clases pecheras sobre la verdadera nobleza, un motivo para la discordia, pues nunca se generó un verdadero problema social al respecto, del que están alejados los grandes linajes cortesanos. La respuesta fue el incremento del gasto destinado a la diferenciación social para seguir manteniendo la visibilidad del rango como elemento de diferenciación social<sup>15</sup>. Éstos, a diferencia de las tensiones reproducidas a escala por la pequeña nobleza comarcana o señorial –que gira en torno a una corte estatal con su propio sistema gravitacional al estar encabezada por un gran noble territorial-, están intentando encontrar un sitio distinguido en la compleja corte que se organiza en los reinos hispánicos simultáneamente alrededor de Fernando II de Aragón, el Católico, la reina Juana de Castilla y el emperador Carlos V. En este contexto de cambios de poder, de vértigo para muchas casas señoriales, se impuso en España el estilo de corte borgoñona, algo más que un cambio de vestuario, un cambio de orden.

En este contexto de cambio, que afecta a todo el estamento, las grandes casas nobiliarias jugaban su partida en un escenario relativamente independiente, donde

---

<sup>14</sup> M.-C. GERBET (1989): *La nobleza en la corona de Castilla. Sus estructuras sociales en Extremadura (1454-1516)*, Cáceres: Diputación Provincial de Cáceres.

<sup>15</sup> A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALBARIÑO (1998-1999). “Rango y apariencia. El decoro y la quiebra de la distinción en Castilla (SS. XVI-XVIII). *Revista de Historia Moderna*, 17, pp. 263-278.

confluyen la ampliación del Estado con la aparición en Castilla de reglas y etiquetas nuevas. La llegada al trono de Carlos, coronado en Castilla en 1516, hizo que se impusiese un complejo sistema de casas que, a su vez, devino en la coexistencia de distintos protocolos hasta la final generalización de las normas del protocolo y estructura de la corte de Borgoña, que fue la que el joven monarca había seguido en Flandes<sup>16</sup>. El conflicto Comunero dejó en evidencia el papel integrador de la Corte y la Casa del Esperador y en 1523 éste inició un proceso de hispanización que culminará con la ocupación por grandes nobles castellanos de los cargos que les garantizaban la cercanía del monarca, en correspondencia con la importancia capital de Castilla en el conjunto de la monarquía. Al final de su vida, en 1558, Carlos estaba rodeado por cuatro quintas partes de gentilhombres y hombres de cámara castellanos. Ello impuso un cambio importante en las estrategias familiares de muchas de estas casas nobles, que vieron aumentado su rango en la misma medida que sus inversiones en lujo y representación.

Sin embargo, la imposición de la casa de Borgoña en Castilla no implicaba cambios necesariamente urgentes en las formas de vestir y actuar de toda la nobleza. De la misma manera, la adaptación a los nuevos estilos llegados con Carlos V aconsejaba un cambio en la moda y en la apariencia de los cortesanos y, tras de sí, la de toda su casa. Sin embargo, a pesar de la progresiva instauración de la etiqueta borgoñona, por primera vez impuesta a partir de la llegada a Castilla de Isabel de Valois (1559-1560), de los nuevos gustos en la sociedad aristocrática castellana, en el reino coexistieron diferentes estilos y modas hasta la homogeneización vivida ya durante el reinado de Felipe II<sup>17</sup>.

## **LUJO Y APARIENCIA: EL CONDE DE BENAVENTE, SU CASA Y SU SÉQUITO.**

Ejemplos de lo que indicamos en las líneas anteriores, en los que se expresan con esplendor y rotundidad el fasto y el poder de la alta nobleza, son fruto tanto de su forma de vida como de sus estrategias políticas; dos de las manifestaciones de rango y ostentación de forma más llamativa y colorista, son la comitiva y la fiesta cortesana<sup>18</sup>.

---

<sup>16</sup> J. MARTÍNEZ MILLÁN (2011). "Corte y casas reales en la Monarquía Hispana: la imposición de la Casa de Borgoña" *Obradoiro de Historia Moderna*, 20, pp. 13-42.

<sup>17</sup> C. BERNIS MADRAZO (1962). *Indumentaria española en tiempos de Carlos V*, Madrid: CSIC.

<sup>18</sup> En contraste con la imagen de sobriedad que se convierte en emblema de la corte hispana, el colorido de las vestimentas representa un ambiente festivo. A. GIORGI (2016). *España se viste*

Hemos escogido para recrearlas el viaje que el Conde de Benavente realizó en compañía de la emperatriz Isabel con objeto de recibir al emperador a su llegada a Barcelona después de la guerra de Italia, y una serie de justas y torneos que se celebraron de camino a Valladolid, ciudad de residencia del Conde<sup>19</sup>, en el viaje de regreso. En el documento que nos sirve de base se encuentran detallados los gastos que el conde Antonio Alonso de Pimentel realizó en telas, mayoritariamente sedas y terciopelos, aproximadamente en los años treinta del siglo XVI, al servicio del emperador Carlos en bastantes ocasiones, pero también con objeto de decorar estancias privadas o servir de vestido para el propio conde, amigos o miembros de su séquito y de su familia<sup>20</sup>.

La posición de los condes de Benavente fue muy favorable durante el reinado de Carlos I, tanto la de Alonso de Pimentel, como la de su hijo Antonio Alonso, II y III condes de Benavente. En torno a su casa y a la del Conde de Aguilar giraba uno de los principales resortes de la monarquía carolina en sus primeros instantes, y esa lealtad nunca fue olvidada por el monarca, que favoreció a estos linajes con numerosas prebendas y beneficios. Una política de cercanía que, sin embargo, debía cuidarse y

---

*a la francesa. La historia del traje de moda de la segunda mitad del siglo XVII.* Murcia: Editum, p. 23.

<sup>19</sup> El establecimiento preferente de la corte en Valladolid atrajo a la ciudad a numerosos nobles de diferente condición y burgueses ansiosos por conectar con el monarca, esencialmente aquellos que tienen señoríos cercanos a la villa. El conde de Benavente, la cuarta fortuna del reino a mediados del siglo, es propietario de Villalón y Cigales, entre otras; en su mismo lugar está el Almirante de Castilla, con ingresos por valor 170.000 ducados, respecto de Medina de Rioseco, de la que es duque: “[...] el favor del monarca tuvo otra repercusión, también muy estimable para la villa: el hacer de ella una de sus residencias preferidas, la monarquía a trajo a las orillas del Pisuerga, como ya hemos visto, a muchos grandes señores o hidalgos muy ricos...” B. BENNASSAR (1983): *Valladolid en el siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI*. Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid, p. 123. Obviamente, en pos de estas fortunas, no tardará en llegar un mercado local orientado a los productos de lujo. Una nota ilustrativa de este hecho en *Ibid.* p. 126.

<sup>20</sup> *Archivo Histórico Nacional (AHN)*. Sección Nobleza, OSUNA, Caja 422, Exp.72. Se trata de un documento contable, no fechado, posiblemente realizado con el objetivo de llevar un registro detallado de las piezas de tela adquiridas por el sastre Juan Note, destinadas a los arreglos y confecciones que éste realizó para el conde, su séquito y un conjunto heterogéneo de personajes a los que el conde quería agasajar con vestidos y prendas de lo más variado. En él Juan Note da cuenta de tallada de las piezas de seda y paño que utilizó en estas composturas, sin mencionar el precio de cada una de ellas, por lo que no parece probable que se trate de un documento del Libro de cuentas o Despensa típico de las administraciones nobiliarias, sino de un expediente anterior, informativo, y, quizás por ello, plagado de detalles.

potenciarse y que, por lo tanto, obligaba a los condes a invertir enormes cantidades de dinero para mantener sobre ellos la atención y el favor del emperador. Fruto de esta confianza mutua fue la posición en la corte de la emperatriz, instalada en Valladolid, a la que Carlos dejaba al cuidado del conde durante sus largas ausencias, encomendándole tareas solo reservadas para personas muy cercanas y, naturalmente, con medios económicos suficientes para acometerlas con éxito.

Una de estas ocasiones la brindó el viaje de bienvenida que la emperatriz emprendió para recibir a Carlos V tras su estancia en Italia, algo más de cuatro años después de su salida. En 1529 partió el emperador Carlos desde Barcelona tras siete años de residencia en el reino de Castilla. La situación en Italia era insostenible para los intereses de la familia real. Salió del puerto de Barcelona, atestado de naos, urcas y chalupas de la armada imperial; afuera quedaban las galeras de la armada que habían venido con Andrea Doria, en una de cuyas naves, ricamente cubierta con toldos de raso y seda, se alojará Carlos V. El espectáculo en el puerto era seguido por miles de personas seguramente impresionadas por el despliegue de colores, sonidos y artefactos que acompañaban el largo embarque, concebido en sí mismo como un espectáculo público más que como una aséptica maniobra de guerra. Su destino, Génova. Con él viajaban ya muchos caballeros castellanos y aragoneses, los cuales, según testimonio de Prudencio Sandoval, se mostraron ante el gentío que esperaba en el puerto “con gran demostración de sus riquezas, en sus casas y en las libreas que llevaban”<sup>21</sup>.

Allí, en la capital del condado, confluyeron los grandes que acompañarían al emperador en el viaje. De las palabras de Sandoval se deduce que sus respectivas llegadas a la ciudad, por mar o por tierra, estaban preparada y diseñadas para impactar en el espectador. En la comitiva se ordenaba la sociedad noble de forma jerárquica; la ostentación de la riqueza y el poder del grupo era evidente:

“Venían luego los caballeros principales de todas naciones, duques, condes, marqueses, varones, gobernadores, capitanes, hijos y hermanos dellos, donde venía toda la riqueza del mundo, de los adereços de sus personas y caballos, de oro y de plata, de piedras y de perlas, brocados de telas de oro y recamados; y bien poco menor la de sus pajes y lacayos. Tras ellos iban los ballesteros de maça, y los reyes de armas del Emperador<sup>22</sup>...”

---

<sup>21</sup> SANDOVAL, P. de (1625). *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*. Libro III, pp. 53 y 54.

<sup>22</sup> SANDOVAL, P. de: *Historia... op. cit.* pp 68-69.

El alarde que se vivió en esos días permitía a los nobles hacer uso de sus pendones de seda y tafetán, mostrar el rango de sus casas a través de sus criados, ricamente ataviados, de sí mismos y de sus caballos, engalanados como para iniciar un torneo. En aquella ocasión, cercana todavía la guerra de las Comunidades, con un poder en formación, el viaje era crucial tanto para los nobles que deseaban consolidar sus posiciones alrededor del monarca como por los problemas políticos y territoriales que pretendía acometer. La coronación definitiva, la difícil situación de Venecia y Florencia, el constante peligro vivido en el Mediterráneo, que se alargaría durante todo el reinado... Cinco años después de la partida, la vuelta a España del emperador tras su salida, a pesar de los fastos preparados para su llegada en la lengua de mar del puerto de Barcelona, no había asegurado la tranquilidad en todos los frentes abiertos.

Como era habitual, en este tiempo la emperatriz se había alojado en Valladolid, ciudad de residencia del Conde de Benavente y de un nutrido grupo de las principales familias aristocráticas del reino. El viaje de la emperatriz entre Valladolid y Barcelona para recibir al emperador en su regreso del primer viaje a Italia era una ocasión impagable para mostrar la grandeza de la casa de Benavente fuera de su escenario habitual, Valladolid, en cuyos festejos tenían siempre un papel destacado. Su residencia, en las márgenes del río, extramuros, era citada por todos los viajeros como una de las principales residencias de la villa y su presencia en la ciudad era constante. Por su posición y su fortuna el conde formaba parte principal del séquito de la reina y aunque no había podido participar activamente en la primera guerra de Italia, junto al emperador, sí su padre, titular del señorío, quien murió un año después de iniciadas las hostilidades que motivaban este viaje. No le faltarían ocasiones de señalarse, pues la casa de Benavente era, en la figura de su titular, una de las más queridas por Carlos I, leales desde su llegada y como, tales personajes muy cercanos al monarca. Por todo ello, estaban encargados de proporcionar a la emperatriz las comodidades necesarias para el largo viaje, una empresa nada desdeñable dado el creciente prestigio de Isabel de Portugal en Castilla al hacerse cargo de la gobernación del reino<sup>23</sup>. Para lograr sus fines, el conde de Benavente disponía de gran número de sirvientes, un grupo ordenado y eficaz que debía causar el mismo efecto ante la opinión pública, ante el espectador

---

<sup>23</sup> Acompañaban a la emperatriz, además de sus hijos Felipe y María, media nobleza de Castilla. M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ (1999): *Carlos V. El César y el hombre*. Madrid: Espasa Calpe, p. 468.

de la comitiva, que un pequeño ejército en marcha<sup>24</sup>.

Obviamente, la comitiva no estaba pensada para pasar desapercibida, sino todo lo contrario. Los músicos se encargaban de difundir la noticia de la inminente llegada de la emperatriz a muy larga distancia, de manera que las autoridades y aristocracia locales estuvieran prevenidas y evitaran cualquier sombra de ofensa. Los cazadores y trompeteros, casi una treintena, debían acopiar alimentos para los participantes, cuyo número no podemos precisar, aunque posiblemente multiplicara por tres o cuatro veces el total de lo consignado en el cuadro siguiente si tenemos en cuenta el servicio que acompaña a la emperatriz y el del resto de los aristócratas que participaban en la comitiva<sup>25</sup>.

---

<sup>24</sup> Esta demanda creciente de servicio se explica por varios motivos: los cambios que a lo largo de la baja Edad media y en la primera modernidad sufre este cuerpo social en concreto, una de cuyas consecuencias no es otra que la pérdida de prestigio de la nobleza en relación con grupos cuyo ascenso social es creciente, como ocurre con el patriciado urbano, los magistrados, los hombres al servicio de la administración del cada vez más complejo entramado estatal del monarca, etcétera. Este hecho significa en la práctica un aumento relativo del número de criados empedados en las casas de las élites locales. Desde el punto de vista de la nobleza, también se dan razones objetivas para aumentar el número y la especialización de los criados a su servicio, especialmente en los palacios en los que fijan su residencia, dada la complejidad creciente de sus administraciones y la necesidad constante de mantener a través de la apariencia, el rango social en el que viven instalados. Por último, en ausencia de un clima bélico y de sus amenazas, la proliferación de juegos públicos de guerra, rodeados de lujo y espectáculo, además de mantenerse desde antiguo como una dimensión habitual de su forma de vida, persigue, en cierta manera, la idea de alejar del olvido aquella naturaleza original propia de su estado sobre la que se fundan sus privilegios; dichas prácticas precisan de un enorme contingente de servidores directos e indirectos, muchos de ellos especializados en dotar a las familias nobles de un aspecto marcado por el lujo y la ostentación. Así pues, su estilo de vida les convierte en uno de los principales demandantes de servicios personales, porque una parte muy importante de sus actividades las ocupa el tiempo que su casa necesita dedicar a la representación social y la inversión en cierta economía simbólica, es decir, a la distinción. Bartolomé Bennassar advertía, en relación con los festejos que animaban el calendario de espectáculos en el Valladolid del siglo XVI que era “el momento soñado para exhibir brocados, adornos y caballos de raza, para que las gentes sencillas admiren la fuerza, la habilidad, el valor de sus nobles, y para acrecentar así su respeto hacia ellos”. B. BENNASSAR (1983): *Valladolid en el siglo de Oro*. *Op. cit.*, p. 435.

<sup>25</sup> M<sup>a</sup>J. REDONDO CANTERA: “La itinerancia de la Emperatriz Isabel de Portugal y de su recámara” en Cabañas Bravo, M. et al (coords.) (2011). *El arte y el viaje*. Madrid: CSIC, p. 484.

**Cuadro 1. Criados al servicio del duque de Benavente en el viaje a Barcelona (1533)**

<i>Criados al servicio del Conde</i>	<i>Número</i>
Pajes	52
Lacayos	18
Mozos de espuelas	11
Mozos de galgos	3
Otra gente (sic.) <sup>26</sup>	6
Menestrales	6
Atabaleros y trompeteros	4
Trompetas	9
Cazadores	21
Cazadores pajes (capote)	12
Acemileros	17
Aguador	1
Gallinero	1
Mozos de copa	5

Fuente: AHN, Sección Nobleza, OSUNA, Caja. 422, Doc. 72. Elaboración propia.

El rango del conde debía hacerse notar además desde un punto de vista visual de manera efectista. La posición del personaje y su cercanía al monarca en cierta medida debían reflejarse en el lujo con el que se revestía y de ello da buena cuenta la descripción de las vestimentas y adornos confeccionados para la ocasión.

Para vestir a los lacayos y pajes fueron necesarias 42 varas de terciopelo. Se confeccionaron con ellas cincuenta y dos libreas y otras cuatro para los mozos de cámara. Los pajes fueron vestidos con grandes sayos, con la manga izquierda bordada de terciopelo verde y blanco y –tal como indica el documento que recoge la tela utilizada– “por guarnición dos fajas de terciopelo una blanca y otra verde, con sus pestañas de raso (de tafetán) blancos e verdes”<sup>27</sup>. En conjunto, tan sólo para el sayo de pajes y lacayos, Juan Note, el sastre del conde, empleó aproximadamente 90 varas de terciopelo verde y blanco<sup>28</sup>. Más de 50 varas del mismo terciopelo verde y blanco

<sup>26</sup> Entendemos, criados de servicio.

<sup>27</sup> AHN, Sección Nobleza, OSUNA, Caja 422, Doc. 72, f. 2

<sup>28</sup> En el libro de cuentas tomadas al contador Alonso Pérez de la tesorería de la casa de Benavente correspondiente al año 1536, aparece una entrada contable que refleja los pagos

fueron usadas para confeccionar las capas de los pajes, que vestían un sayo idéntico al de los lacayos. La colorista legión de sirvientes que acompañaba a la comitiva se enriquecía con nuevos colores en función de la ocupación o los atuendos específicos de cada criado según la especialidad que tuviesen. Es de notar, que la mayor cercanía al señor implicaba inmediatamente un mayor lujo y vistosidad en el uniforme. Los 28 mozos de espuela se vistieron con sayos “de ruan y perpiñán anaranjado, que llevan dos fajas de terciopelo una blanca y otra verde, con sus pestañas de raso e tafetán sin la manga bordada”. Sobre este uniforme, “28 capas de ruan anaranjado que llevan las dichas dos fajas de terciopelo blanco y verde, con pestañas de raso y tafetán por guarnición; entraron en las dichas 28 capas, a vara y tres cuartos en cada una en la dicha guarnición, que son 49 varas de terciopelo”, cantidad que debe sumarse a las 49 varas anteriores.

Como se puede observar, la paleta de colores de la indumentaria era muy llamativa, un hecho que se agudiza con personajes singulares dentro del conjunto, como era el caso de Salsamón, un criado del conde para quien se hizo “una capa de terciopelo anaranjado con cuatro mangas, las dos para vestir y dos muy largas que fuesen colgando. (...) Entró en ella trece varas escasas de terciopelo e más llevaba por guarnición dos varas y sesma de terciopelo en dos fajas anchas con sus pestañas de raso, de manera que son quince varas y sesma de terciopelo”<sup>29</sup>. Además, se le confeccionó un capote de caza, éste de paño, como al resto de los cazadores, cuyo atuendo estaba compuesto básicamente por prendas del mismo tejido teñido de color anaranjado, sayos y capas, adornados con terciopelos verdes y blancos; los menestrales vestían “ropas” y “capillas flamencas con fajas de terciopelo muy anchas, aforradas

---

realizados al sastre Juan Note por parte del conde, en total, 14.000 maravedís, cantidad fija en la que posiblemente tenía apalabrado su contrato (AHN, Secc. Nobleza., Osuna, caja 424, doc. 23, fol. 42v.). Un documento de contrato privado formalizado entre el V Conde de Alba de Aliste y el sastre Sebastián Gutiérrez correspondiente a 1562 sugiere que las condiciones de la contratación incluían cláusulas específicas que podrían variar los términos de la contratación en situaciones concretas. En este caso, por ejemplo, los emolumentos anuales ascendían a 50.000 maravedís, a los que el sastre añadía diez ducados para gastos de hospedaje, aunque los botones y sus arreglos para la casa del conde y las personas que decidiera beneficiar debían ser costeados y pegados por el sastre. Éste, a su vez, consiguió establecer una cláusula que impedía un sobrecoste en la contratación de mano de obra, lo cual era muy probable ante la proximidad de acontecimientos festivos muy próximos; si las necesidades del taller lo requerían –“si se hiciese obra que fuese menester priesa”, dice el documento-, el conde debía contratar a su costa los oficiales necesarios. AHN, Sección Nobleza, OSUNA, Caja 873, Doc. 34.

<sup>29</sup> AHN, Sección Nobleza, OSUNA, Caja.422, Doc.72, f. 3

las delanteras, y capillas en raso anaranjado que parecen las ropas todas, en las dos fajas anchas en cada ropa, tres varas y tercia, que son veinte varas de terciopelo y de raso; llevaron en las capillas y delanteras aforradas del dicho raso anaranjado a dos varas escasas, que son lo que entró, diez varas y tres cuartas de raso y llevaron sus pestañas de tafetán<sup>30</sup>. En cualquier caso, como podemos comprobar la inversión en vestimenta para los criados es una prueba innegable del impacto que se persigue hacer brotar entre las personas que observan la comitiva. No se trata en absoluto de hacer más operativo el viaje, como suele suceder con frecuencia, sino todo lo contrario. El conde, al igual que el resto de la comitiva de aristócratas, pretender ser visto y admirado, dotar al viaje de la pompa necesaria teniendo en cuenta el especial cometido que se le ocupa.

Cada escenario requiere, además, una puesta en escena, un atrezo especial. Los cambios de circunstancias en la corte condicionaban el gasto del conde en vestimentas para su séquito de criados y acompañantes. Acabadas las cortes de Monzón de 1533, poco antes de la salida del emperador para Ávila, Salamanca y Zamora, el séquito del conde se preparaba para el viaje en Toledo<sup>31</sup>, donde había pasado el invierno. En esta ocasión acompañaba al emperador y dado que se trataba de una gira básicamente festiva, las vestimentas del servicio vuelven a ser coloridas y vistosas. En el registro de telas y géneros usados en la confección de los trajes, Juan Note consigna una relación nueva de gastos, no sólo para los lacayos, pajes y mozos de espuela, sino también para un conjunto heterogéneo de sirvientes de todo tipo:

---

<sup>30</sup> AHN, Sección Nobleza, OSUNA, Caja.422, Doc.72, f. 3v

<sup>31</sup> La llegada a Toledo y el descanso de la Corte comportaba un cambio de escenario, y con ello, un cambio de la vestimenta de la servidumbre para adecuarse a las justas y fiestas de palacio que allí se dieron hasta el 22 de mayo de 1533, fecha en la que toman de nuevo el camino de Madrid en dirección a Ávila. Eso supuso el empleo de algo más de trescientas varas de terciopelo por parte de los sastres, aunque los cambios principales afectaron sobre todo a los criados más cercanos al conde.

**Cuadro 2. Vestimentas y telas usadas con motivo de la estancia en Toledo antes de la salida hacia Salamanca (1533-1534)**

<b>Confecciones</b>	<b>Piezas de tela de terciopelo</b>
Seis jubones para los menestrales, de terciopelo anaranjado	20 varas 1 sesma
Seis sayos sin mangas para los menestrales	9 varas
Un sayo para Lorenzo el Portero, de perpiñán, entró en la guarnición de dos tiras de terciopelo blanco y verde una vara y dos tercias	1 vara 2 tercias
Cuatro ropas para los atabaleros con sus capillas y mangas con sus fajas de terciopelo, (...) y llevaban sus pestañas de raso y tafetán	9 varas
Cuatro jubones de terciopelo anaranjado para los cuatro atabaleros...	12 varas
Cuatro sayos de paño anaranjado para los dichos atabaleros...	13 varas
Unos cestones de terciopelo verde con sus cordones para llevar de camino collación a las damas...	7 varas 1 sesma
Dos maletas de terciopelo anaranjado y verde	9 varas
Se dieron por menudo a Leonardo, bordador, y a los otros sesenta bordadores que bordaban las mangas y capillas de los capotes de los cazadores y mangas de sayos de los pajes y mozos de espuelas y mozos de cámara y otra gente para bordar lo suso dicho...	87 varas 2 tercias
Ochenta gorras para cincuenta y dos pajes y mozos de cámara y 28 lacayos	40 varas
21 gorras para seis menestrales y nueve trompeteros y cuatro atabaleros, e Salsamón e Negrodo, loco, de terciopelo verde	10 varas
7 varas de terciopelo blanco y verde para guarnecer las bocas de mangas de los capotes	7 varas y 2 cuartas
Para guarnecer en menudos	149 varas de raso
Diez pendones de trompetas de damasco anaranjado para la ida a Barcelona lo cual se sacó para ello de casa de Alonso de Portillo...	30 varas de damasco anaranjado

Fuente: Vid. Cuadro I.

Las circunstancias cambiantes de la vida cortesana alrededor de Carlos V, una corte itinerante en todos los años de su reinado, muestran las constantes inversiones que deben realizarse en el vertido y la apariencia no sólo de los cortesanos, sino de los nutridos grupos de criados que les acompañan. En 1538, a la espera del embarque del

emperador, llegados a Barcelona, puede apreciarse de nuevo la adecuación de todo el séquito del conde y cómo transformó la comitiva completamente. Se vistieron los pajes y mozos con vestidos distintos: los criados del conde cambiaron el color festivo del viaje por ropas oscuras; vestían libreas de terciopelo negro y girones de tela de oro y tiras, “a los pajes de cámara y mozos de espuela se les dieron cintas de terciopelo negro y tiras de tela de oro y manglos (sic) de terciopelo, y sus mangas bordadas de tela de oro y tela de plata, sobre terciopelo negro y a la otra gente de casa sayos de refino con tiras de terciopelo”<sup>32</sup>.

En total, el vestuario de la servidumbre llevó casi seiscientas varas de terciopelo, lo que podría suponer aproximadamente 22.000 maravedíes<sup>33</sup>.

La corte suponía una intensa presencia pública, con lo que los gastos en la apariencia de las legiones de sirvientes que acompañaban en cada desplazamiento a los aristócratas era una constante en sus libros de cuentas. Cuando el conde llegó a Toledo para recibir al emperador, que venía de la jornada de cortes en Monzón (1537), para acompañarle desde la allí hasta Valladolid, donde pasaría el invierno, se gastaron miles de maravedís en las “libreas que el conde mando dar a los pajes y lacayos y otras gentes de su casa, lo cual se dio, a los pajes de cámara, sayos de terciopelo y a los lacayos, jubones flamencos anchos y calzas de terciopelo amarillo y blanco y negro...”<sup>34</sup> Años antes, la llegada del emperador a Toledo, donde permanece todo el invierno de 1534, supuso la renovación del vestuario completo del séquito del conde, no sólo para denotar su posición junto al monarca, sino también para diferenciarse del resto de la nobleza cortesana que le rodeaba dado que, en las estancias más prolongadas, los cortesanos disponen a su alrededor toda una serie de actividades lúdicas con las que entretenerse. Una de las actividades en donde siempre intentará despuntar será en los juegos de cañas y otros divertimentos que llenaban los períodos de descanso de Carlos V.

No en vano, estos juegos eran el centro del ocio cortesano y estaban presentes en la mayoría de las grandes casas aristocráticas europeas y en las cortes provinciales. En el juego de cañas que se celebró en Nápoles con motivo de la jornada de Túnez, está descrito con profusión de detalles la vestimenta de la comitiva que acompañaba al

---

<sup>32</sup> AHN, Sección Nobleza, OSUNA, C.422, D.72, f. 11.

<sup>33</sup> AGS, Sec. Estado, Leg. 1370, exp. 217 “Quenta de las seys piezas de terciopelo que se compraron para su magestad”. Manejamos precios de 1538 con fabricantes de telas genoveses.

<sup>34</sup> AHN, Sección Nobleza, OSUNA, C.422, D.72, f. 12.

conde de Benavente:

“Se hicieron dieciséis marlotas con la de Hernández, de terciopelo encarnado con sus vueltas de terciopelo bordadas; tres caperuzones que se hicieron para el conde y el comendador mayor de Alcántara y para otro señor de los dichos ... [...]; se hicieron para los jugadores dieciséis caperuzones que colgaban atrás; se hicieron tres petrales de cascabeles para el conde; más se hicieron para treinta y cinco mozos de espuelas del conde y de los jugadores ... treinta y cinco gorras; ítem, se hicieron dieciséis albornoces grandes de damasco azul... más se cubrieron de tafetán azul las adargas del conde y conde de Chinchón y Nieva y todos los jugadores...”<sup>35</sup>

En estos juegos de guerra participaban todos los nobles de la época. El uso de las telas de vivos colores, los adornos de terciopelo y los vestidos llamativos, son a la vez imagen y representación. No obstante, el gasto destinado a ellos era considerable como se desprende del gasto en telas que tuvo que desembolsar el conde de Benavente, un gasto no menor al que debía hacer en casos de enfrentamientos reales:

**Cuadro 3. Vestimentas del servicio del conde de Benavente en los preparativos de la campaña de Túnez**

Casacas de terciopelo morado con sus mangas largas la una manga larga atrás con tiras de tela de oro y tela de plata ribeteadas con raso amarillo para trece pajes que embarcaron con el conde	113 varas 3 cuartas
Se hicieron para catorce lacayos que fueron con el conde jubones de terciopelo morado con sus tiras de tela de oro por guarnición con sus ribetes de rizo amarillo	42 varas
Catorce capas de paño morado para los dichos lacayos	
Para los dichos trece pajes y catorce mozos de espuelas	13 varas ambos
Otro paje que tomo el conde de unas damas, por una casaca	7 varas
Mandó dar el conde otra casaca de terciopelo a un niño de Barcelona que venía allí a la posada del conde que le enviaban unas señoras que llevó cuatro varas y una tercia en una gorra	4 varas 2 cuarto 1 tercia
Se hizo para el conde un caparazón de caballo de terciopelo morado que va bordado de unas hojas de tela de oro y plata	7 varas 2 cuartos

*Ibid.*

<sup>35</sup> “Juego de cañas del conde en Nápoles, junto al emperador. Más el conde de Nieva, y el comendador mayor de Alcántara, y el marqués de Molina, y Don Juan Pimentel, y don Alonso Pimentel, y don Miguel del Barco, y don Gutierre de Avellaneda, y don Sancho del Barco, Don Juan de Beamonte, el conde de Chinchón y otros hasta quince caballeros en cuadrilla...” *AHN*, Sección Nobleza, OSUNA, C.422, D.72, f. 42.

El documento sigue con otras piezas elaboradas para cubrir caballos y armas, y vestir al portaestandarte del conde.

En Nápoles, llegados de Túnez, vistió al servicio con terciopelo negro en las libreas, sayos con dos fajas anchas de terciopelo y pestañas de raso... Cuando entraron en Roma, se vistieron de terciopelo azul y tafetanes para las libreas (11 pajes y 12 lacayos). Se hicieron diez capas de terciopelo azul gallegas, con las capillas de encima, tan grandes y largas como la capa, con guarnicionados, tiras de tela de oro y ribeteados de raso azul (105 varas). Lo mismo para doce lacayos, capas gallegas todas ellas, llenas con unas fajas de tela de oro y con dos ribetes de raso azul y forradas todas en tafetán. (126 varas)...

## **NOTAS FINALES**

El gasto en vestido de los nobles españoles era muy importante en sus cuentas. En parte por mantener una identidad que no se prestaba a dudas, en parte porque su estilo de vida, la cercanía y el papel político de sus casas dependía de alguna manera de mantener un aspecto acorde con su rango. Ello perdura a lo largo del tiempo y es común a todas las grandes casas aristocráticas castellanas. A la muerte de la duquesa viuda de Béjar, María Alberta de Castro, décima duquesa, su hijo Juan Manuel López de Zúñiga saldó 6.000 reales de gasto en telas que la duquesa había adquirido en Madrid con Pablo Rodríguez Mate, mercader de la Calle Mayor de Madrid, al que aún se le debían 1.281 reales por compras realizadas poco tiempo atrás (1706)<sup>36</sup>. La deuda a la que tuvo que hacer frente el duque para pagar a la servidumbre a la que se le debía parte de su sueldo ascendía a 50 ducados para la criada de las damas, en concepto de legado, más 69 reales que se le debían del sueldo del mes de julio en que murió la duquesa; a los tres mozos de silla, por dos meses de servicio y el coste de dos libreas, 930 reales; a Blas Canero, lacayo, tres reales de sueldo y ocho para la casa; al maestro de coches, cuyos servicios incluían tanto el mantenimiento como el resguardo de los coches, se le liquidaron 1.400 reales por siete meses de servicio; al sastre de la casa se le pagaron 1.757 reales y medio. Al cocinero se le adeudaban 11.915 reales, a su ayudante, 62 y 38 al mozo de despensa; al maestro cabestrero, 47; al guarnicionero, 66; al zapatero, 24; al caballero se le adeudaban 187 reales; 248 a Don José Chacón, gentilhombre de la duquesa y finalmente, 13.200 a Inés Negrete, su dama, a la que había legado en su testamento la cantidad de 1.200 ducados. Las deudas contraídas con un repostero, un cordonero y un platero ascendían a más de 1.000 reales. Sólo en la

---

<sup>36</sup> AHN, Sec. Nobleza, Osuna, C.257. D. 43

servidumbre de su madre difunta, la deuda del duque ascendía a algo más de 36.000 reales<sup>37</sup>.

---

<sup>37</sup> Poco tiempo después (13 de marzo de 1709) moría la segunda esposa del duque, Manuela de Toledo Osorio y Aragón, constan sólo 23 años de edad. Gastó 8.151 reales en misas el día de su funeral. Doña Rafaela, tercera esposa del duque de Béjar, dejó encargadas misas por valor de 12.060 reales. El gasto en la dignificación de la casa, como vemos, no acababa con la vida de sus protagonistas.